

## CAPITULO XXII.

### CAPULETOS Y MONTEQUIOS.

#### I.

Al estallar la revolucion de Hidalgo, todas las clases de la sociedad se sintieron conmovidas, marcándose en el acto el partido independiente.

La insurgencia contaba con las simpatías de la mayor parte de los mexicanos; ya hemos dicho que la discordia estalló hasta en las escuelas; y ahora vamos á llevar á nuestros lectores á un campo de Agramante donde el sexo hermoso se disputaba el terreno con bravura.

El convento de Santa Clara de Querétaro era la prision de la señora corregidora, y con este motivo se formaron dos bandos entre las monjas.

Excusado es decir que las viejas eran *realistas* y las jóvenes *independientes*; allí se seguía la regla que en el siglo: los viejos creen que todo lo nuevo es malo, y mueren en el cartabon donde nacieron.

Era la hora de *prima*, y las religiosas estaban en coro, donde se les hacia rezar una oracion por su magestad el rey.

La abadesa observó que Sor Refugio y aquella tornera tarabilla que ya conocen nuestros lectores, permanecian en muda. En aquel entónces se tenia mucho cuidado en todas estas minuciosidades.

—Que receis, Sor Refugio! dijo algo atufada la superiora.

—Ya recé, madrecita.

—Pues volved á rezar, hermana; porque no he percibido vuestra voz.

—Si ya recé, madrecita.

—Por las once mil vírgenes que no os he escuchado!

—Que lo diga la madre tornera.

—Es verdad, madrecita, por mas señas que al pronunciar el nombre de su magestad el rey, oímos un suspiro que debe haberse oido en España.

—Callad, habladora.

—Madrecita, no habeis oido ni aun siquiera las maldiciones que les echamos á los revoltosos.

—Esas dos hermanas, dijo una vieja, son *insurgentes*.

—Y vuestra reverencia *gachupina*.

—Y vosotras partidarias de ese monstruo que se permite traer á Nuestra Señora de Guadalupe en su bandera.

—Eso no es pecado, respondió Sor Refugio.

—Sí lo es, exclamó irritada la abadesa, y está excomulgada toda la que profese esas ideas diabólicas.

—Amén, respondió la tornera.

—Es malo desear mal al prójimo, dijo Sor Refugio.

—Esos insurgentes no son prójimos, sino herejes de marca mayor, dijo una monja semi-cotorra y fortachona llamada Sor Bárbara de San Cristóbal.

—Como la madrecita es *gachupina*, respondió la tornera, no puede ver á los *criollos*.

—Eso es mentira, yo amo á los hijos de Dios, pero no á los excomulgados.

—Y como su confesor es *gachupin*-----

—Calle la deslenguada, y siga el rezo.

—Ya nos veremos, dijo Sor Bárbara de San Cristóbal.

—Ya nos veremos, contestó la tarabilla.

—Basta de insultos, exclamó la abadesa, ordeno y mando que las hermanas Sor Refugio y la tornera queden tres días á pan y agua.

—No quiere su reverencia que mejor quedemos á pan y carne?

—Chist!

—No le encajen una cólera á la madrecita, grito Sor Bárbara, que la dé el dolor de hígado; despues que por los españoles, es decir por nosotros, tienen estas criollas *pan y tela*.

—El trigo se da en nuestro suelo, y en cuanto á la tela, nos la venden bien cara.

—Que calleis, espirituada!

—Pues que la *gachupina* no me busque!

—Esto es horrible! las *criollas* malditas se insurreccionan, á mí me va á dar algo----- póngase en cruz la tornera, y diga en voz alta lo que le dicte.

La monja tarabilla obedeció á lo abadesa y se puso con los brazos abiertos en la mitad del coro.

—Que Dios nuestro Señor, dijo la abadesa.

—Que Dios nuestro Señor, repitió la tornera.

—Proteja á su magestad el rey.

—Proteja al señor cura Hidalgo! gritó despechada la monja tarabilla.

—Jesus!----- Jesus!

—Sacrilégio!

—Heregía!

—Profanacion!

—Santos cuatitos!

—San Eleuterio! Sanctus fortis! Sanctus inmortalis!

Introdujose una confusion horrible entre las monjas, la abadesa hizo tocar á silencio, las religiosas se encerraron en las celdas y todo quedó aparentemente en calma.

## II.

—Hija mia, querida Rosalía, dijo la abadesa precipitándose en los brazos de la esposa de don Félix, estoy quemada.

—De dónde señora?

—Del alma! ese par de herejes me han dado una mohina espantosa, figuraos que este convento es el asilo de la piedad cristiana, que ha sido visitado por el señor obispo Abad y Queipo y otros personajes y-----

—Pero qué pasa, señora?

—Que hoy es un infierno, Satanas ha soplado el fuego de la discordia y las religiosas van á llegar á las manos----- sí, á las manos, porque ya el fuego de la herejía ha contaminado á dos monjas----- esa tornera cuya lengua no para un solo instante, y mi secretaria Sor Refugio que está celosa de vos, y se me ha volteado----- van á acabar por embrutecerme----- yo debo dar parte á la autoridad eclesiástica; porque mañana inventarán que tambien Dios es *gachupin* y----- no, no lo quiero pensar.... esto es una Babilonia!

En aquel momento sonaron tres campanazos anunciando visita á la superiora.

—Vamos á *reja*, acompañadme, se me habia olvidado deciros que el señor conde de la Cadena viene á despedirse y encargarnos nuestras oraciones por el triunfo de nuestra causa.

—Bajemos, señora, y serenaos.

La portera avisó á la superiora que el conde esperaba.

La abadesa se cubrió la cabeza con el manto y le puso la cruz á la monja que se reía maliciosamente.

La superiora seguida de la hija de Treviño se presentó en el locutorio.

El conde de la Cadena rodeado de sus ayudantes, se presentó en todo tren á dar un adios á la comunidad.

—Tome asiento V. E., señor conde.

—Gracias señora, he venido á recibir vuestras órdenes y las de vuestras hijas.

—Gracias, excelentísimo señor Conde.

—Y como se encuentra la comunidad?

—Ya sabeis que la paz del convento jamas se interrumpe: separadas del siglo las monjas, llevan una existencia de concordia, hasta el día en que el señor nos llame á su seno.

—Bien, madre, nosotros por el contrario, llevamos una vida azarosa y de tribulaciones; ahora mismo partimos á campaña.

—Ahora mismo, excelentísimo señor conde?

—En el atrio están nuestros caballos, vamos corriendo donde la patria nos llama.

—Sigue ese tumulto?

—Sí, señora, esos miserables se permiten organizarse en gobierno, ha llegado su avilantez hasta el grado de poner una fundicion de artillería, y admiraos, una casa de moneda.

—Qué herejía!

—Cierto es que el cura Hidalgo es un hombre de talento y de ilustracion poco comun; debia haber aprovechado estos elementos en favor de su rey; pero estos criollos son lo mas insufrible que hay.

—Y las criollas, añadió la abadesa.

—Ya quedarán excomulgados.

—Y abandonais la ciudad, excelentísimo señor conde?

—La dejo encargada á la guardia ciudadana, y en una proclama que se ha publicado hace una hora, les hago advertencias

que no deben echar en saco roto; porque soy hombre de cumplir lo que ofrezco.

—Ya lo creo, excelentísimo señor conde, y quiero pedir os un favor: que me leais vuestra proclama.

—No tengo inconveniente; oid:

—“El conde de la Cadena, comandante en jefe de la primera division del ejército de su magestad el señor don Fernando VII (Q. D. G.) destinado por el excelentísimo señor virey para aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, el cura de Dolores y Allende.—A los ciudadanos de Querétaro.—Queretanos:—Vuestro proceder durante la residencia de mi ejército en esta ciudad, vuestra sumision á las legítimas autoridades, vuestro empeño y eficacia en defensa de la ciudad y la buena causa, me han llenado de satisfaccion, y exigen que os corresponda, noticiándoos, que salgo mañana á convertir en polvo esa miserable cuadrilla de malvados. Es de mi obligacion y la cumpliré, el instruir al superior gobierno de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuir vuestra docilidad á las fuerzas que tengo en esta: no pienso yo de esa manera, y en prueba de ello, dejo la ciudad confiada á vosotros y á la guarnicion valiente que os queda. Vosotros habeis de ser tambien los defensores; pero si contra mi modo de pensar, sucediese lo contrario, volveré como un rayo sobre ella, quintaré á sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles.

Querétaro, 21 de octubre de 1810.—*El conde de la Cadena.*”

—Bravo, bravísimo! excelentísimo señor conde, decia llena de entusiasmo la abadesa de las Claras, mientras que la tornera murmuraba entre dientes:

—Valla una farola de retreta, no parece sino que se trata de pulgas segun mata ese majadero! me parece que puede volverse el chirrion por el palo, entónces veremos los rayos y los arroyos, y las quintadas, y la sangre; eso está bueno para asustar monjas.